Paco LOBATÓN

Dolor e información

The media has the right to treat pain on a physical, emotional, individual or social scale, always seeking a balance between closeness and detachment in order to describe the phenomenon and to have a global view. When dealing with pain, care is to be taken to avoid routine, excessive involvement or value judgements, on the basis of professional ethics and within a framework of freedom and responsibility. Television is an open win-dow on the world, which must provide a service to the audience – also with the so-called *reality shows* – by adequately framing events in real context but never procuring delight from the suffering of others.

Antes de iniciar la reflexión sobre el tratamiento informativo del dolor, conviene saber si vamos a referirnos a él principalmente como dolencia – esto es, como sensación física – o más bien como estado de ánimo – o sea, como sentimiento –. Y, sobre todo, es necesario precisar si aludimos a la esfera individual o al ámbito social en el que se manifiesta.

En su *Breve discurso sobre el placer y la alegría, el dolor y la tristeza*, Carlos Gurméndez alude al mundo exterior como factor desencadenante del dolor, que es, al tiempo, subjetivo – porque lo sentimos – y objetivo – porque lo padecemos –. Así, de golpe, aparecen interrelacionadas la dimensión física y la anímica, tanto como la personal y la colectiva. Pero, a efectos de la reflexión que nos proponemos, resulta especialmente interesante esta conclusión del mismo autor:

Dos son las formas sustanciales de manifestarse el dolor: la pasividad campesina que se abandona y conforma a los ciclos de la Naturaleza; y la febril inquietud urbana industrial sin sentido último. Entre ambos extremos se sitúa el dolor verdadero, cuyo proceso se va haciendo en el camino de la vida, y lo causa la permanencia finita, el viajante que somos.

En las consideraciones precedentes se parte del supuesto de una cierta consciencia del dolor, de un cierto grado de conocimiento acerca del sufrimiento. Pero, habida cuenta que no siempre es así, matiza Gurméndez: "Existe una reacción descuidada ante el dolor, no darle importancia y dejar que siga su curso, sin darnos cuenta de que el dolor ignorado destruye exactamente como el conocido y experimentado". Dicho más directamente: la ignorancia del dolor no exime de su efecto; la desinformación no cura.

1. El dolor y la realidad

La delimitación conceptual del dolor permite esclarecer el campo de acción de la sociología, de la psicología, y, si se apura, incluso de la política. En cuanto a la observación periodística, debe combinar el máximo grado de proximidad con el

fenómeno y la distancia necesaria para tener una visión de conjunto. Nuestro trabajo como periodistas consiste en levantar acta de la realidad global, incluido el territorio del dolor. Tan injusto e impreciso sería reflejar una realidad indolora, como mostrar sólo la realidad dolorida.

Creo, sobre todo, que es muy importante evitar la tentación evaluadora, que consistiría en establecer un hipotético baremo del dolor como referencia para los criterios de publicación. Ese es un comportamiento moralista indeseable. Ante el dolor no cabe establecer escalas distintas que ante cualquiera otro de los aspectos que conforman la realidad cotidiana y el entorno humano en el que vivimos. Ante el dolor debe prevalecer el derecho de la sociedad a ser informada y el deber de los periodistas a proveer esa información.

Bastante peor que la "moralina" resulta el virus de la rutina informativa, esto es, la descuidada actitud que elude el análisis sobre las causas del dolor presente en un hecho determinado, o las consecuencias de su divulgación. En este punto se evidencia que el periodismo es una actividad para la que se requiere no sólo oficio, sino una sensibilidad general básica, normalmente no incluida en los planes de estudio.

2. Libertad y responsabilidad

Tanto en su expresión individual como en la colectiva, el dolor tiene el efecto de debilitar. El dolor nos hace frágiles. Según la explicación de Spinoza – citada en el ensayo de C. Gurméndez –, "el dolor nos hace sentir menos de lo que somos, al paso que el placer aumenta la sensación de ser que naturalmente sentimos". Siendo así, es fundamental operar con una prudencia proporcional a la fragilidad detectada. Lo contrario sería prepotencia, ejercicio irresponsable de la libertad de informar.

La noción de proporcionalidad remite directamente a la cuestión del tratamiento informativo: de la forma en que se aborde dependerá el fondo. Tan es así, que podría afirmarse que, en materia de dolor y respecto de su traducción informativa, el fondo es la forma. No basta con ser correctos. No es suficiente evitar las heridas. Hay que esmerarse. Es necesario usar la palabra con la cautela del láser en la microcirugía. Estamos tocando fondo.

A la hora de la práctica puede y debe tenerse en cuenta el marco legal, y dentro de él, la ley en tanto que instrumento concreto del que se ha dotado la sociedad democrática para garantizar un aspecto esencial de la convivencia. Pero, por lo ya dicho anteriormente, es obvio que en la legalidad no se agotan los requerimientos de responsabilidad ante el tema del dolor.

La deontología profesional debe ser una guía constante, cotidiana, y no sólo una declaración de principios para la tribuna de congresos, simposios y similares. El ejemplo dado en este asunto por el Colegio de Periodistas de Cataluña es una referencia tan excepcional como aleccionadora.

Quisiera añadir todavía una reflexión: los códigos profesionales no podrán reemplazar nunca a la conciencia individual. La responsabilidad, como la libertad, se ejercen en primera persona porque – entiendo con Octavio Paz – son, ante todo, un movimiento de la conciencia. Por eso cabe también repetir: "No hagas a los otros lo que no quieras que

te hagan a ti". Es uno de los principios más fundamentales de la ética. Pero es igualmente justificado afirmar: "Todo lo que hagas a otros te lo haces también a ti mismo".

3. La televisión: ventana o vitrina

Toda realidad mostrada a través de la televisión deviene espectáculo. Ese es un hecho incontestable que pertenece a la naturaleza misma del medio televisivo. Su incidencia está directamente relacionada con la extensión de la televisión en todo el mundo y en todas las capas sociales. La creciente primacía del género informativo – bajo distintos formatos – no ha hecho sino incrementar su condición de "espectáculo de la vida cotidiana". ¿Qué otra cosa son acaso los telediaris?

Los teóricos de la comunicación andan afinando acerca del *info-show*, la *TV real*, la *TV verité*, mientras los "calumnistas" al uso etiquetan indiscriminadamente programas con el rótulo-estigma: *reality show*. Pero todo eso son fuegos artificiales. La historia circula por otros derroteros. Etiquetas aparte, el auge de programas que muestran de una forma directa la vida y la peripecia humana de gente corriente es, de entrada, un hecho positivo. Su aceptación por la audiencia revalida a la televisión como ventana abierta a la comunicación, antes que como vitrina que expone hechos más o menos lejanos y siempre ajenos. Además, esta sintonía entre los protagonistas de las historias televisadas y los telespectadores va más allá del efímero "pasma electrónico". Es capaz de generar emociones, y, a través de ellas, sentimientos positivos y lúcidas reflexiones. A este propósito suscribo enteramente la opinión de Pierre Janet: "La emoción es la percepción lúcida de una situación inusitada, lo insólito y nuevo que irrumpe en la monotonía de la vida cotidiana". Sólo así son explicables fenómenos de movilización solidaria sin precedentes como el que se dio en torno a las niñas de Alcàsser, Myriam, Desirée y Toni. Y, en un plano estrictamente positivo, la participación igualmente solidaria que ha llevado a la resolución de centenares de casos de desaparición de personas o desencuentros familiares. Estos logros han permitido paliar una de las formas más dramáticas en las que se expresa el dolor: la incertidumbre.

4. Contra la indiferencia

Desde que di mis primeros pasos en el mundo de la comunicación he oído invocar la objetividad cual oráculo mágico. En nombre de ella he visto cómo se cometían innumerables tropelías. Por eso, aquí y ahora, reivindico más bien el sentido común y la sensibilidad básica. Y, convencido de que la calidad de la respuesta es una consecuencia directa de la calidad de la propuesta, apelo al trabajo bien hecho, a la responsabilidad de cada gesto. Todo menos la indiferencia.

Ya que el dolor está ahí, en lugar de olvidarlo con indiferencia es preciso plantearse cómo informar de él respetando la sensibilidad del que sufre, y buscando cumplir una función de servicio a los individuos y a la sociedad. Por ello, creo necesario un ejercicio de responsabilidad, y una valoración de los efectos que puede tener el contenido de un programa.

En el trabajo bien hecho subyace un sentido de responsabilidad, y una búsqueda de equilibrio entre lo que se debe emitir, y lo que por el contrario puede no aportar nada al público. Para ello es importante: ejercitar el respeto a las personas en la descripción de

ciertos hechos; informar con rigor, mostrar lo que realmente sucede; contextualizar adecuadamente los acontecimientos, y apartar del drama todo recreamiento morboso.

Lo que pasa, nos pasa a todos. Dicho lo cual, estoy convencido de que mediando la voluntad de casi todos pueden empezar a pasarnos cosas razonablemente buenas.

Así que, sin lugar a dudas, me declaro esperanzadamente utópico. Porque, en palabras de Tomás Moro en su *Utopía*, "nunca hubo adepto de la virtud y enemigo del placer tan triste y tan rígido como para predicar las vigilias, los trabajos y las austeridades, sin ordenar, al mismo tiempo, dedicarse con todas sus fuerzas a aliviar la pobreza y la miseria de los otros. Todos estiman que incluso hay que glorificar, con el título de humanidad, el hecho de que el hombre es para el hombre salvación y consuelo, puesto que es esencialmente 'humano' – y ninguna virtud es tan propia del hombre como ésta – suavizar lo más posible las penas de los otros, hacer desaparecer la tristeza, devolver la alegría de vivir, es decir: el placer".